

Operaciones de recolección en un códice del año 1300 (Museo Británico, Londres). En el paso de la actividad agrícola a la comercial y mercantil está el origen del Renacimiento y la Modernidad.

Plataforma social del Renacimiento, el Humanismo y la definición de la Modernidad

por A. JUTGLAR y J. FLORIT

Señalaba acertadamente, hace algunos años, un eminente profesor español que "la anécdota de un sucedido, la efemérides histórica, por importante que haya parecido a los contemporáneos, no tiene hoy valor alguno para deslindar las grandes etapas del desarrollo de la cultura humana. Así, ni la caída de Constantinopla..., ni el descubrimiento de América, ni la misma secesión luterana, poseen valor en sí mismos para jalonar... el comienzo de los tiempos modernos. Es preciso buscar en capas sociales y culturales mucho más profundas para hallar la explicación del cambio de mentalidad colectiva que permite diferenciar el Medievo de la Modernidad".

El texto anterior, en efecto, centra atinadamente una de las claves de la historia de Europa: los orígenes de la etapa moderna o de la Modernidad, el sentido mismo del fenómeno renacentista y las causas profundas que condicionan las nuevas orientaciones espirituales e intelectuales de Occidente. Claves que, precisamente, deben encontrarse en las mismas variaciones que –de forma más o menos paulatina, más o menos patente– se operan en la realidad y actividad de los diversos grupos sociales en la vida económica y en la dinámica general de la cultura.

En esta dirección deben apuntarse unas consideraciones fundamentales y previas: la división de la Historia en "edades" no es más



Los cruzados ante las murallas de Jerusalén (miniatura del incunable "Histoire d'Ogier le Danois"; Biblioteca Nacional, Turín). Para Pirenne, la reconquista del Mediterráneo por las cruzadas constituye el punto final de lo que podría considerarse como Edad Media propiamente dicha.

que un simple convencionalismo artificioso (que cobró auge especialmente a través de la historiografía decimonónica, que insistió de manera particular en las diferencias existentes entre Medievo y Modernidad). En la actualidad, la moderna investigación histórica –al centrarse en el problema de los orígenes culturales y sociales del Renacimiento, así como en la formación del Capitalismo– ha conseguido, paulatina pero constantemente, decisivos y progresivos avances en el camino de una realidad cada vez más irrefutable: la de que la denominada Edad Media (al menos según ha venido siendo conocida hasta hace muy poco por la mayoría de los historiadores) no ha existido con la concreción y características que durante mucho tiempo se ha pretendido darle.

Por una parte, por ejemplo, Dopsch ha demostrado de manera indiscutible que el conjunto de fenómenos sociales y económicos del mundo antiguo (de la época de César) se prolongaban, en el occidente europeo, hasta la época carolingia. Por otra parte, Pirenne ha subrayado el acontecimiento de la reconquista del Mediterráneo, efectuada por las Cruzadas, como el punto final de lo que podría ser concebido como etapa medieval propiamente dicha.

Por ello, muchos historiadores sitúan, precisamente, en el siglo XII el punto de partida de la compleja y revolucionaria fenomenología que culminaría con la definición de los factores específicos y más definitivos del Renacimiento.

De esta forma, lo propiamente medieval, en todo caso, quedaría para muchos autores reducido a tres siglos (IX, X y XI), que, en realidad, equivaldrían a un momento histórico de decadencia (de una peculiar y oscura decadencia, tal como hemos señalado en otro lugar) de la cultura humana que precede a un movimiento de recuperación y renovación pleno de empuje y vitalidad. Un momento histórico de decadencia que coincide con el pleno auge del feudalismo.

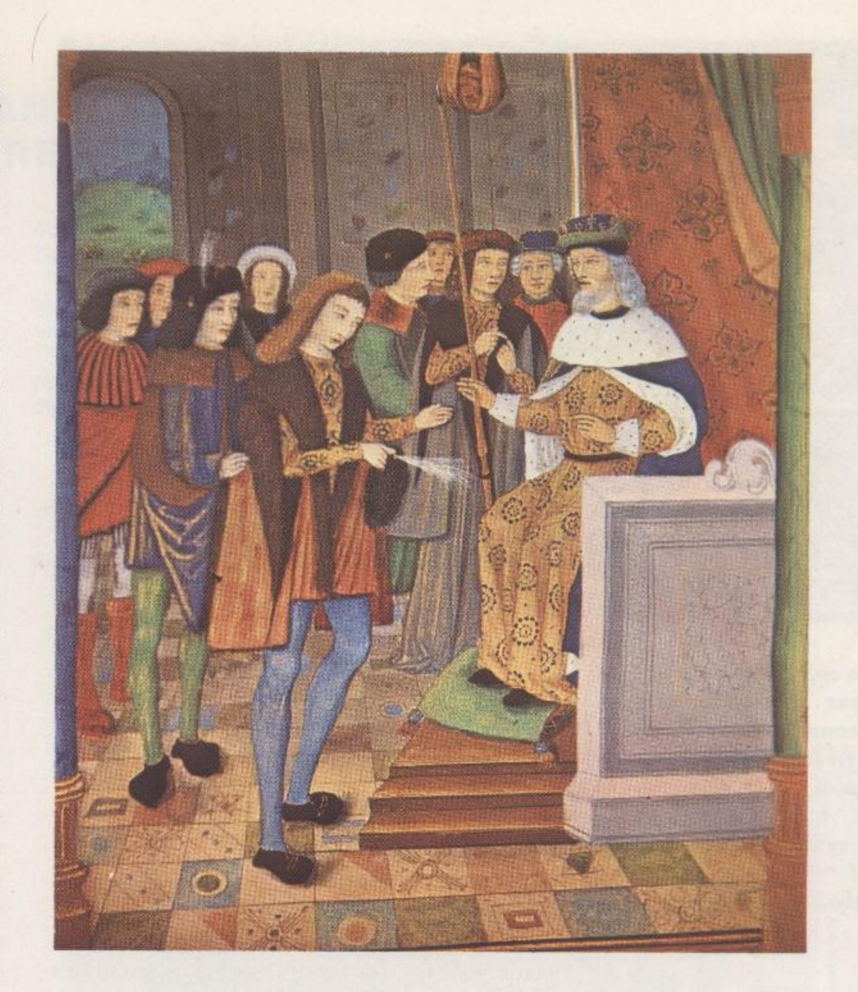
En resumen, el moderno enfoque científico tiende a asimilar en una sola unidad histórica las denominadas Edades Media y Moderna (englobadas, a su vez, en un proceso histórico total único, tal como lo ha expuesto, por ejemplo, respecto a la unicidad del proceso histórico de Occidente, el profesor Toynbee). De forma que la definición de lo moderno se produce, precisamente, en función de su estrecha relación con todo el pasado medieval y antiguo.

Siguiendo las directrices apuntadas, al producirse la crisis de la civilización clásica se originó un proceso de civilización en Occidente, a fines del siglo VII, que iría desarrollándose organizadamente, de forma que –a fines del siglo XI– comenzaría a superar su fase más juvenil ("edad del hierro", coincidente con el auge feudal) hasta llegar a adquirir, a fines del siglo XV, su más definida plenitud. Como consecuencia de todo ello (y contrariamente a lo que han sostenido múltiples autores), el Renacimiento no sería la negación del Medievo, sino su completa plenitud y su más legítima prosecución, a través de un súbito y trascendental proceso de desarrollo social y económico, efectuado a lo largo del siglo XV, y del que nos ocupamos con mayor detalle en un capítulo posterior.

Importa ahora tan sólo dibujar el proceso de unidad y continuidad que constituye el tránsito del Medievo al Renacimiento y del Renacimiento a la Modernidad. De esta forma, además, se superan las dificultades presentadas por la cuestión de los orígenes del Renacimiento (que tiene unas innegables raíces medievales), al propio tiempo que se sitúa adecuadamente la amplia resonancia medieval que se comprueba a lo largo de los tiempos modernos e incluso en la misma edad contemporánea.

No obstante, sería ridículo y absurdo ignorar o minusvalorar (pongamos por caso) el hecho de que los humanistas, los artistas

Homenaje de barones y caballeros a su señor (miniatura del incunable "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, Turín). El auge del feudalismo coincidió con el momento en que la paz y la confianza produjeron el inicio de los fenómenos de la Modernidad.



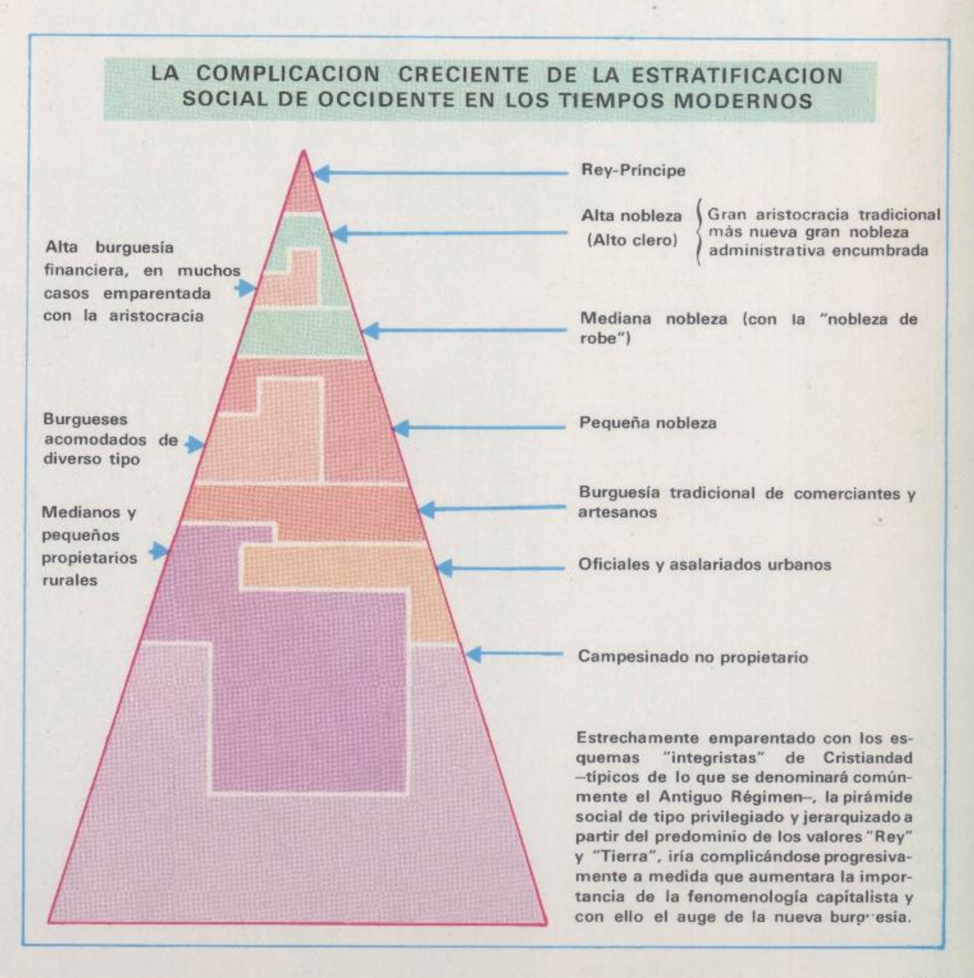
y las personas cultivadas de los siglos XV y XVI tenían (vivían plenamente) la convicción o la sensación de que los separaba un verdadero abismo –prácticamente todo un mundo– respecto a los gustos, actitudes y valores de las generaciones que les habían precedido.

Evidentemente, es innegable la existencia clara y decisiva de una gran distancia entre dos mentalidades diferentes que, poseyendo (como punto de partida) un mismo acervo cultural, dieron mayor o menor importancia a determinados factores constitutivos de dicha cultura.

En este sentido –y empalmando (como escribiría Maravall) de lleno en la larga y compleja polémica entre antiguos y modernos– hemos de admitir, en última instancia, un tránsito entre dos etapas históricas tipificadas por peculiares rasgos definitorios. En este sentido, respecto al dualismo mental anteriormente citado, encontramos una divisoria definitiva (a la que nos referiremos más adelante) constituida por el papel de la razón. De forma que todos aquellos que admitan la crítica de la razón y el papel progresivo de la misma frente a un mundo de valores, principios y autoridades tópicamente admitidas y no discutidas, adoptarán una actitud moderna. Contrariamente, aquellos que carezcan de tal actitud vivirán en plena mentalidad medieval.

En resumen, poco a poco (de manera casi insensible en muchas ocasiones), a partir de la revolución comercial y urbana –plenamente potenciada a lo largo del siglo XII– surge el crecimiento de la etapa bajomedieval, que fue creando de modo sucesivo las condiciones, cada vez más claras y más aptas, para la plena definición de los tiempos modernos.

Un crecimiento, un proceso y una definición inseparables de la fenomenología renacentista y humanista. Precisamente si entendemos por movimiento renacentista el proceso histórico básico que, a través del Medievo, debía conducir a la edad moderna (un proceso histórico que se confundiría después con su esencia a lo largo de una compleja trayectoria), es posible señalar ya la aparición de unos primeros síntomas –atisbos– de mentalidad "moderna" a partir del siglo XII (por ejemplo, en la cultura caballeresca languedociana).





Tapa de un cofrecillo de marfil en el que se representan varias escenas caballerescas, entre ellas (a la izquierda) un rapto (Museo del Bargello, Florencia). A partir del siglo XII se vislumbra ya una mentalidad "moderna" en la cultura caballeresca languedociana.

En este sentido, debe insistirse en una serie de ideas, apuntadas ya en otros lugares de esta misma obra, que tienen una importancia decisiva. Fundamentalmente, el factor de máxima eficacia, de mayor empuje, que concretará y motivará la creciente buena disposición de núcleos interesantes e importantes de hombres acomodados de Europa occidental en favor de actitudes mentales innovadoras y de nuevas formas de vida, surge (nace y se apoya) de la recuperación del sentido de su seguridad personal y social.

Es decir, del mismo modo que la inseguridad que siguió a las grandes invasiones bárbaras y al hundimiento del aparato tecnojurídico del Imperio romano de Occidente generó, entre otros factores, el ambiente que hizo posible el feudalismo, el renacimiento de la paz y de la confianza –junto con el importante desarrollo de la economía– fue, por el contrario, proporcionando a las sociedades de Europa occidental una interesante plataforma de seguridad, fundamental para apoyar el montaje y desarrollo de sus empresas.

A partir del siglo XII, pues, fueron surgiendo cada vez más ocasiones propicias para que el hombre acomodado pudiera pensar, trabajar, contemplar la naturaleza, leer, escribir, buscar la belleza, expresar un sentimiento, revisar los valores tradicionalmente adquiridos, etc.

Coincidiendo con el desarrollo de una compleja fenomenología socioeconómica, el impulso (el acicate decisivo) que movió a estos hombres medievales a configurar y concretar una nueva definición de su propio ser –y, con ello, una nueva definición de su modo de "entender" y de "estar" en el mundo– fue acelerándose en el transcurso del tiempo, actuando con independencia relativa de las conquistas espirituales (por ejemplo) del humanismo o de las actividades artísticas de los flamencos o de los italianos.

El proceso transformador fue mucho



Fiesta en una ciudad medieval (Biblioteca Nacional, París). La recuperación de un evidente sentido de seguridad que se hallaba dentro de las ciudades contribuyó al desarrollo de las actitudes mentales innovadoras.

ANDRE LE CHAPELAIN Y LOS TRECE PRECEPTOS DEL AMOR

La creciente valoración de todas las actividades humanas propia del final de la Edad Media alcanzó también a las relaciones amorosas. Los tratados en torno a las reglas del Amor, los "Códigos de Amor", son numerosísimos a partir del siglo XII.

André le Chapelain compuso hacia el año 1200 un tratado *De arte amandi* que alcanzó gran éxito, del cual dan fe las ediciones que de él se hicieron durante los siglos XV y XVI, bajo títulos diversos. La perduración de esta obra medieval durante el Renacimiento muestra de forma clara la conexión que existe entre el "otoño de la Edad Media" y los primeros siglos de la Edad Moderna.

Al tratado de Le Chapelain pertenecen los trece preceptos del amor que a continuación reproducimos:

1. Huye de la avaricia como de una plaga peligrosa y, por el contrario, sé pródigo.
2. Evita siempre la mentira.
3. Huye de la crítica.
4. No divulgues los secretos de los amantes.
5. No tengas varios confidentes de tu amor.
6. Consérvate puro para tu amante.
7. No intentes enamorar a la amiga de otro.
8. No busques el amor de una dama con la que tendrías reparos en casarte.
9. Está atento a las órdenes de las damas.
10. Intenta ser siempre digno de pertenecer a la caballería del amor.
11. Sé siempre pulido y cortés.
12. Si te das a los placeres del amor, no debes rebasar los deseos de tu amante.
13. Cuando des o recibas placeres de amor, muestra siempre cierto pudor.

J. F.

más amplio y total que el estrictamente intelectual (erudito y artístico) y debe englobarse –y estudiarse por tanto– en el marco de una dinámica mucho más amplia. De modo, pongamos por caso, que tanto el importante movimiento demográfico europeo del siglo XIII como el continuo crecimiento y desarrollo de la vida económica (conducentes a la definición del capitalismo inicial), o la instalación y consolidación de la monarquía en el poder (plenamente conseguidos con el éxito de la monarquía autoritaria), etc., no son otra cosa que un conjunto, paralelo y trabado, de manifestaciones históricas situadas en una misma línea, que es la que precisamente señala y define la trayectoria de la Europa medieval en busca de unas nuevas posiciones y puntos de apoyo que fueran aptos y capaces de dar satisfacción plena a los poderosos estímulos renovadores que emanaban del corazón mismo de las ciudades europeas.

Así pues, el Renacimiento fue –básica y decisivamente– fruto de las poderosas fuerzas que se generaron a lo largo de la baja Edad Media con el auge creciente de la vida mercantil y ciudadana. En efecto, el fenómeno renacentista tiene su raíz, fundamental y poderosa, en la transformante evolución de la cultura urbana bajomedieval, que fue pasando de su primer estadio (típicamente corporativo) a nuevas y revolucionarias pers-



Las Virtudes y las Artes Liberales, en una miniatura de la escuela de Bolonia del siglo XIV (Biblioteca Ambrosiana, Milán). Con las nuevas posibilidades de seguridad, abundaron las ocasiones para que el hombre pudiera estudiar y escribir.



pectivas para desembocar, al cabo de tres siglos, en una plataforma nueva, impulsada poderosamente por los crecientes estímulos derivados del desarrollo de la revolución comercial (propulsora inicial del poderío de las ciudades). Una plataforma definida por una fuerte actitud individualista, muy vinculada a la realidad circundante.

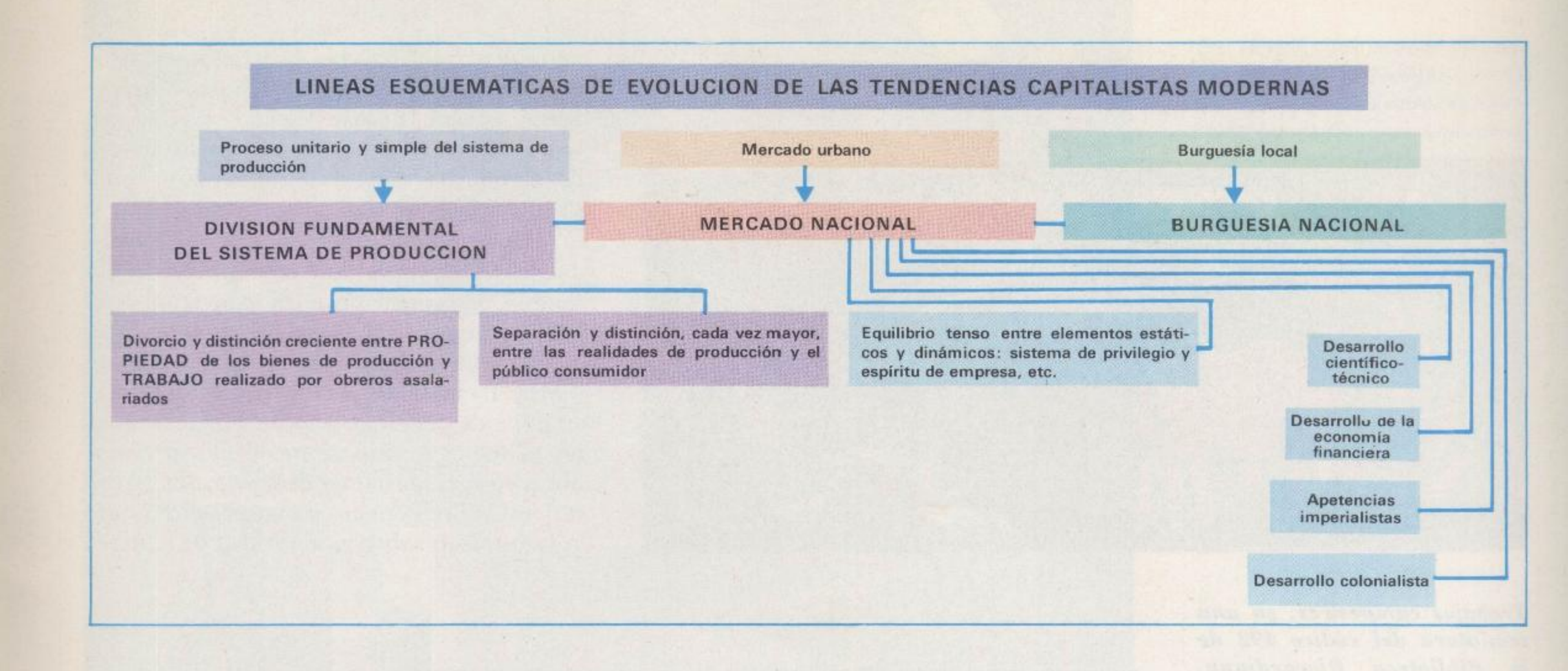
En una palabra, la definición del Renacimiento no puede comprenderse sin tener en cuenta el fenómeno sociocultural básico que lo posibilitó: las minorías –capaces e inteligentes– que supieron encauzar el renacentismo y que tuvieron la valentía y la madurez de autodefinirse como renovadoras a comienzos del siglo XV surgieron del mismo corazón de la más gran creación de la Europa medieval.

De esta forma se comprueba una vez más la unicidad del proceso histórico, al propio tiempo que aparece claramente cuál fue el instrumento social que hizo posible el florecimiento de la Europa renacentista: la burguesía. En este sentido se sabe que fue en las florecientes ciudades del Mediterráneo, del norte de Francia y de Flandes donde más prontamente (y con mayor empuje) se definió el renacentismo.

Fernando el Católico, primer rey de la España unificada, típico representante de la monarquía autoritaria, una vez que ésta ha conseguido consolidar el poder en sus manos (relieve de Alonso de Mena en el altar lateral izquierdo de la Capilla Real de Granada).



Vista parcial de la ciudad medieval de Gante, una de las primeras de Flandes en que se definió el renacentismo.



En dichas ciudades fue donde –en pleno Medievo– surgieron hombres que se sintieron capaces de gobernarse a sí mismos, que aspiraron a su total autonomía y autodeterminación, que se sintieron capaces de luchar contra las autoridades constituidas, de trazar su propio destino, de definir su particular sentido de la vida y, sobre todo, se sintieron capaces de especular, revisar, discutir y criticar todo lo divino y humano. Y todo esto, "lo hicieron con una campechana ironía burguesa y luego con las armas más afiladas que sacaban del arsenal de los autores clásicos. Así se puso en marcha el Renacimiento".

De este modo, el renacentismo y el humanismo no son fenómenos culturales aislados, sino que se vinculan a la estratégica acción de la burguesía, constituyendo, en este sentido, el Humanismo una verdadera ideología, un poderoso instrumento de acción social, que potenciaría decisivamente una nueva clase social en constante aumento. Y en esta perspectiva aparece de nuevo la trabazón profunda que une fenómenos (aparentemente muy distantes para el profano) tales como la definición del capitalismo inicial, la consolidación de la monarquía autoritaria y el auge del *culturalismo* humanista, fenómenos todos ellos favorables al desarrollo burgués.

Lo anteriormente expuesto, sobre todo en cuanto destaca el papel desempeñado por la búsqueda de la individualidad, de la autodeterminación, de la autonomía del propio ser, introduce plenamente en la trayectoria definidora de la Modernidad. Una trayectoria en la que, por ejemplo, debe colocarse la sensibilidad de un Petrarca respecto a la



Francesco Petrarca, por Andrea del Castagno (Galería de los Uffizi, Florencia). La sensibilidad de este poeta a la naturaleza (véase tomo VII de esta obra) es ya plenamente renacentista.



naturaleza y el paisaje; la irónica sensualidad de un Boccaccio; el punzante agnosticismo de un Bernat Metge, etc. Una trayectoria, en resumen, cada vez más alejada de lo que ha venido considerándose como típicamente medieval.

En este sentido, por ejemplo, recientemente se ha subrayado la importancia del cambio de estimación o de valoración que, lentamente, se irá operando respecto a lo que se considera sabiduría. Así, frente a la tópica mentalidad medieval, sectores más amplios de personas tendrán por más sabio no al teólogo, sino al médico o al físico, porque el primero trata de apoyar sus "saberes" no sobre la experiencia o el dictado de la razón, sino sobre la autoridad de la Reve-

Trabajos campestres, en una miniatura del códice 492 de la Biblioteca Riccardiana, Florencia. La organización rural corresponde, según la moderna historiografía, al concepto de medievalidad.

Ciudad representada en un manuscrito del siglo XIV (Biblioteca Laurenziana, Florencia). La organización ciudadana corresponde al concepto de individualismo y modernidad.



La tienda del sastre (fresco del castillo de Issogne, en el valle de Aosta). Tanto los mercaderes como los artesanos parecen proceder de ciudadanos marginados, extraños a la organización feudal.

lación, sobre la invocación a las exigencias de la *creencia* y de la fe. Por el contrario, los segundos verán aumentar su cotización intelectual porque apoyarán sus conocimientos, no sobre argumentos teológicos o religiosos, sino sobre verificaciones y comprobaciones experimentales y racionales: "Lo sé, y es así, porque lo he visto y lo he comprobado", dirán, por ejemplo.

Así, sumamente gráfica y significativa es la conocida discusión entre escolásticos y antiescolásticos acerca de cuál de los sentidos era más importante: si la vista o el oído. Mientras los escolásticos sostendrán que es más importante el oído, porque a través de él es posible recibir (tradición, de *tradere,* entregar, pasar, transmitir) la sabiduría de los maestros, que, a su vez, a través del oído habían recibido de boca de otros maestros más antiguos, etc., los antiescolásticos –abriendo postas a unos nuevos caminos para la investigación científica– afirmaban la importancia fundamental de la vista, ya que no sólo permitía la lectura de los libros, sino que además (y ello tenía para ellos una importancia capital) permitía captar y observar una serie de fenómenos y realidades que enriquecían el conocimiento humano, etc.

Por ello, el oído se convertía en un símbolo de la cultura tradicional, desprovista de curiosidad, de imaginación creadora, respetuosa con respecto a la autoridad venerable del maestro, etc., mientras que el elogio de la vista pasaba a ser el símbolo de una nueva orientación, de un nuevo tipo de intelectual dispuesto "a no creer lo que dicen, sino a comprobar, a ver por sí mismo, cada conocimiento", cada hecho, cada fenómeno.

Asimismo se fue perfilando una nueva psicología social, paralela a la introducción creciente de nuevos gustos e ideales. Concretamente, el amor a la gloria y el deseo de perpetuidad, pongamos por caso, se entien-

Galera y carabelas del siglo XV (Biblioteca Nacional, París). Goderico de Finchal fue uno de los casos patentes de cómo la marginación en la sociedad le llevó a transformarse en mercader.



UNA CARTA DE ETIENNE MARCEL A LAS CIUDADES DE FLANDES EN 1358

En junio de 1358, tras haber aplastado la sublevación campesina de la "Jacquerie", las tropas del duque de Normandía, delfín de Francia, sitiaron París. Étienne Marcel, alcalde de la ciudad y jefe de la rebelión, expone en esta carta los motivos que le llevaron a enfrentarse a la nobleza y solicita de las ciudades flamencas que le apoyen, sublevándose contra los nobles de aquel condado que forman parte de las huestes del duque de Normandía:

"Muy apreciados señores y buenos amigos: Creemos que habréis oído contar como una gran multitud de nobles de vuestro país, de Flandes, del Artois, del Boulonnois, del Tornois, de Poitieu, del Haynault, del Corbiois, del Beauvoisis y del Vermendois, así como de otros lugares, todos ellos nobles, han usado las armas contra todo el que no era noble, sin distinguir culpables de no culpables, buenos o malos, a este lado del Somme y a este lado del Oise, y aunque a muchos de ellos [de los nobles] no se les había hecho nada, han incendiado las villas, han matado a la buena gente de los pueblos, y sin piedad ni misericordia alguna han robado y pillado cuanto han encontrado, de forma más cruel e inhumana que lo hicieran los vándalos o los sarracenos.

"Queridos y buenos amigos, todo lo dicho anteriormente os lo comunicamos porque sabemos que siempre habéis apreciado y apreciáis a la ciudad de París, a los comerciantes de la ciudad de París y de las otras ciudades, al buen pueblo y a los buenos campesinos, y os lo comunicamos con tres fines: el primero, para que sepáis las buenas razones y la justicia que están de nuestra parte y los errores de deslealtad y de injusticia que caen sobre nosotros y sobre el pueblo. El segundo, para obtener vuestro consejo y ayuda, ya que las circunstancias son graves, duras y peligrosas, y no sólo para nuestro país, sino también para vosotros y para los demás países donde conviene el comercio, y conviene el transporte del grano y del vino del país que ha sido arrasado sin motivo, y bien podréis ver que si se arrasa el país del Laonnois, como ha sido arrasado el Beauvoisis, todos los países de Flandes, del Haynault, de Cambresis serán destruidos; el tercer fin, para que arrebatéis los bienes a los nobles del país de Flandes que nos han sido robados y los guardéis en vuestras manos como en lugar seguro."

J. F.

den ya en el siglo XV (muy pródigo en manifestaciones de este tipo) de una forma muy distinta a la de épocas anteriores.

El amor a la gloria y el deseo de perpetuidad se entienden ahora en un sentido meramente terrenal, no espiritual y paradisíaco. El hombre renacentista no busca la gloria celestial, sino que considera que, para él, lo importante y fundamental es su triunfo (un triunfo personal, individualizado) en su sociedad coetánea, la singularización y el ensalzamiento de su concreta y particular personalidad a través de acciones terrenas, de acciones temporales, que le reporten un premio, una recompensa tangible y concreta en la vida terrenal. En otras palabras, el santo cede el puesto a un nuevo tipo de héroe que muy pronto pasaría a confundirse con el que muestran las historias de la antigüedad. Surge un nuevo ideal de gloria y fama que no encontrará su marco adecuado en la civilización integrista de cristiandad, apoyada casi exclusivamente en plataformas agrícolas tradicionales ligadas a esquemas y estructuras muy propios de la alta Edad Media.

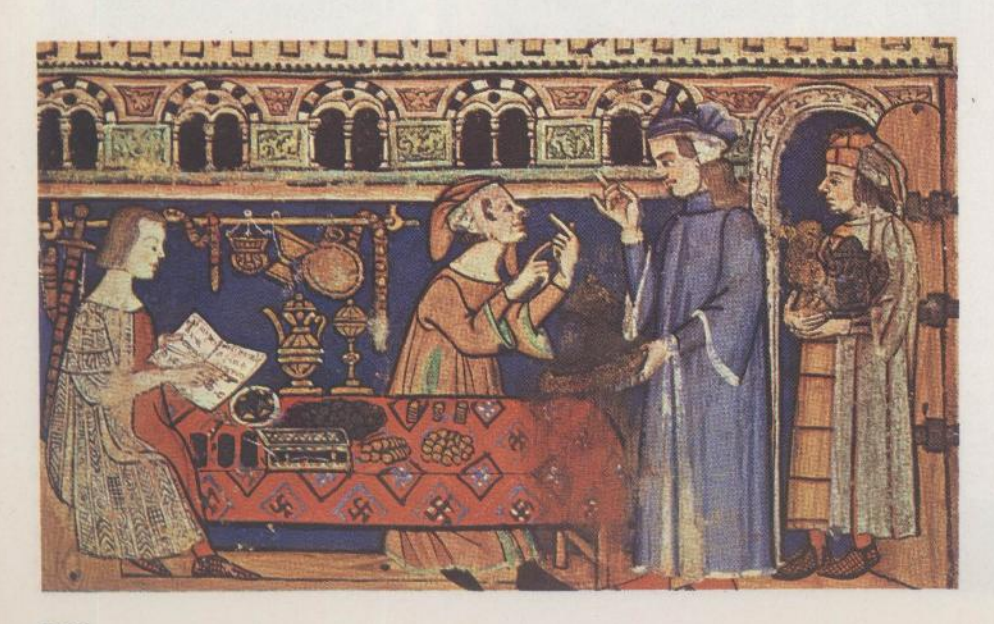
Si atendemos a la adecuación entre los ideales individuales y las características de las sociedades que les son contemporáneas, resulta imposible mantener la antigua periodificación que estratificaba rígidamente: Edad Antigua, Edad Media y Renacimiento. En cambio, el análisis de la alternativa "individualismo y civilización urbana" frente a "ruralismo y civilización gregaria" aparece como una clave mucho más útil para comprender el significado de la evolución histórica que en Occidente desemboca en el Renacimiento.

Aplicando este criterio es sencillo obtener las conclusiones válidas para todo el proceso:

1) El desarrollo, o la decadencia, de las ciudades constituye un elemento diferencial importantísimo que caracteriza las distintas "épocas" desde el Bajo Imperio a los siglos XV y XVI.

2) El tránsito de una época a la siguiente no se produce de forma brusca –catastrófica–, sino en virtud de una transformación lenta, propia de los "fenómenos de larga duración", según la terminología de F. Braudel.

Banquero-prestamista italiano del siglo XIV (Museo Británico, Londres). El desarrollo de los instrumentos de crédito, las letras de cambio y las instituciones bancarias permitieron la agilización de las actividades económicas.



La diferencia más acusada entre el Imperio romano y la alta Edad Media radica en la desaparición de la vida urbana. Pero este fenómeno no se produjo de una forma instantánea. Evidentemente, la ruralización del Imperio, acentuada desde el siglo III, y las invasiones germánicas causaron una progresiva decadencia de los clásicos municipios del occidente europeo, pero esto no significa que desde el siglo XI desapareciesen totalmente las antiguas ciudades. Apoyados en las actividades comerciales centradas en el Mediterráneo, los municipios de la Galia, de Italia, de Hispania y del norte de África sobrevivieron a las invasiones y, en cierto modo, consiguieron romanizar a los "bárbaros" a pesar de la caída del Imperio. Fue la expansión del Islam, al transformar el Mediterráneo en un lago musulmán, combinada con las segundas invasiones, las de los normandos, las que acabaron definitivamente con la vida urbana en Occidente, con excepción de Venecia y de algunas zonas de Italia meridional vinculadas al mundo bizantino.

A mediados del siglo VIII, sólo las ciudades episcopales y los burgos señoriales constituyen pequeñas aglomeraciones humanas que recuerdan a las antiguas urbes. Pero las diferencias entre estas ciudades y burgos y los municipios del Imperio son demasiado acusadas para poder representar una perduración de la civilización urbana. Al contrario, las ciudades episcopales y los burgos señoriales no son sino centros de administración religiosa, política y económica del cinturón agrícola que los rodeaba. Por eso, para decirlo con una frase de H. Pirenne, "el burgo laico, lo mismo que la ciudad eclesiástica, subsisten únicamente gracias a la tierra. No tienen ninguna actividad económica propia. Ambos corresponden a la civilización agrícola. No se oponen a ella, antes bien, se puede afirmar que sirven para defenderla".

Sólo será posible el renacimiento de la vida urbana cuando se desarrollen actividades propias de la ciudad, esto es, actividades no agrícolas. Evidentemente estas actividades son de tipo industrial artesanal y asimismo de tipo comercial. Y fue precisamente en las ciudades agrícolas, pero fuera de ellas, extramuros en el *foris burgos,* en el *faubourg,* donde aparecieron los primeros almacenes mercantiles y los primeros talleres, pasada la primera mitad del siglo X. Así, lentamente en torno a los burgos creció un nuevo barrio, origen de una ciudad nueva en muchas ocasiones, cuyos habitantes se distinguen totalmente de los antiguos pobladores. Porque mientras éstos siguen perfectamente integrados a la sociedad feudal, formando parte de uno de los tres estamentos medievales –los clérigos, los nobles o los siervos–, los afincados en la zona mercantil no cumplen ninguna de las funciones previstas en la comunidad medieval, a saber, las religiosas, las militares o las de garantizar la subsistencia inmediata mediante el trabajo del campo.

El problema que supone la aparición de una clase de mercaderes y artesanos en el seno de una sociedad exclusivamente rural ha suscitado numerosas hipótesis, ya que parece imposible mantener la teoría de la perduración de este grupo humano, cuando, como ya hemos visto, nos consta la desaparición de su entorno vital, la ciudad mercantil, durante algunos siglos. Sin que tal colapso signifique necesariamente la desaparición total de toda actividad comercial.



Mercado establecido fuera de las murallas de una ciudad medieval (miniatura de la Biblioteca Laurenziana de Florencia).



De todas formas, parece muy difícil, pese a que cuente con varios partidarios, defender globalmente e incluso como fenómeno básico el origen nobiliario de los mercaderes, dado el carácter de la función social desempeñada por la nobleza durante los siglos VIII al X. Por las mismas razones parece aventurado buscar entre los siervos o los clérigos los orígenes de las clases mercantiles. Ninguno de los estamentos de la sociedad medieval, estrechamente ligados entre sí por los lazos de vasallaje y con una distribución de actividades sujeta a limitaciones estrictas y vinculadas a una economía rural, estaba en una situación favorable para desarrollar el comercio o la artesanía en gran escala.

Solamente grupos humanos situados, más o menos parcialmente, "fuera del sistema" pudieron y con toda seguridad se vieron obligados a desarrollar un género de vida y unas ocupaciones extrañas al cultivo de la tierra o al beneficio de ésta mediante la explotación de las cargas feudales. Pirenne es partidario de esta teoría y afirma que fueron precisamente los marginados sociales, "los individuos que la organización señorial no lograba alimentar", quienes "no podían dejar de aprovechar las oportunidades de hacer fortuna que abundan en la vida comercial para los vagabundos y los pobres diablos que saben acometer una empresa con la suficiente energía e inteligencia".

Una "vida de santo", la de Goderico de Finchal, constituye un caso antológico, una

Examen de dos artesanos, en una miniatura del siglo XV (Museo Británico, Londres). La agrupación de los artesanos en gremios mediante una reglamentación muy rígida solucionó de momento los problemas de la competencia que planteaba el incipiente industrialismo.



La peste en Tournai en 1394, según miniatura de Gilles le Muisit (Biblioteca Real, Bruselas). El siglo XIV presenció la estabilización demográfica primero, y su recesión después (malas cosechas, guerras en Italia y entre Francia e Inglaterra, peste negra).

EL TIEMPO, SEGUN L.B. ALBERTI

La desaparición, en la práctica y en la teoría, de la unidad cristiana medieval tendrá su puntual reflejo en el arte, potenciando por una parte las manifestaciones artísticas de carácter laico y transformando el arte de temática religiosa, que, formalmente, cada vez estará más próximo a las manifestaciones profanas.

El interés que despierta la figura humana por motivos estéticos muestra claramente el alcance de esta evolución. En el tratamiento que se da a los desnudos en los siglos XI y XII, utilizados como exponente de la miseria humana, y de la progresiva complacencia con que se recrea el cuerpo humano en las pinturas del último gótico, hasta culminar en la exaltación sensual renacentista, existe una radical diferencia: la misma que separa la concepción del tiempo como dimensión en la que se inserta la vida del hombre. En un tratado que se hizo famoso a principios del siglo XV, el *Libri della famiglia,* L. B. Alberti establece una serie de consideraciones en torno a la temporalidad:

1. El tiempo pertenece a los hombres.
2. El tiempo es un cuadro sin estructura propia; cada individuo lo transforma a su manera.
3. Por lo tanto, puede variar de valor según el uso que se le dé; puede estar más o menos lleno de actividades.

Estas ideas, aparentemente tan simples que caen en la vulgaridad, constituyen una auténtica revelación si las comparamos con las concepciones medievales, ya que si el tiempo pertenece a los hombres, no puede ser cosa de Dios, cuya dimensión propia es la eternidad, no la temporalidad.

Por otra parte, al carecer el tiempo de estructura propia, al vincularse subjetivamente a cada individuo, el tiempo escapa al control de la Iglesia; cada vez tendrá menos sentido la fragmentación del día mediante una serie de oraciones que recordaban que "esta vida" no era sino un tránsito hacia el cielo, hacia la eternidad.

Con la recuperación del tiempo como dimensión específicamente humana, todas las actividades sociales cambian de carácter: la política no queda ya vinculada a ninguna norma ética, sino que su bondad sólo podrá medirse por el éxito conseguido. El arte, de instrumento religioso, se transformará en un fin en sí mismo. Las actividades económicas no se sujetarán ya a normas religiosas, sino a leyes encaminadas a lograr los máximos rendimientos. Maquiavelo, Botticelli y los Függer serían incomprensibles sin los cambios que, en este sentido, se produjeron en las dos generaciones que les preceden.

J. F.

buena muestra de la transformación de vagabundo a mercader. Nacido a finales del siglo XI en el condado de Lincoln, en el seno de una familia de campesinos, fue obligado por la miseria a abandonar las tierras que cultivaban sus padres. Como otros muchos vagabundos, vivió de las limosnas que los conventos repartían entre los pobres y de los trabajos eventuales que podía realizar en la época de la cosecha, hasta que se unió a un grupo de vagabundos cuya ocupación consistía en recoger los restos de los barcos naufragados al chocar contra los arrecifes de la costa. La abundancia de los naufragios, debida a las precarias condiciones de navegación y, quizás, a las malas artes de los buscadores de pecios, que atraían a los navíos a las zonas más peligrosas cambiando las señales costeras, permitieron a Goderico hacerse con un capital suficiente para dedicarse a traficar como buhonero. Sus negocios prosperaron hasta el punto de poder fletar –en compañía de otros comerciantes– un barco dedicado al tráfico entre Gran Bretaña y Flandes. La suerte no abandonó a Goderico de Finchal, y en pocos años consiguió hacerse con una fortuna considerable. Al final de su vida empleó sus bienes en beneficio de los pobres y llegó a renunciar a sus riquezas en favor de la Iglesia.

La historia es sumamente interesante, no sólo en sus comienzos, como prueba del origen marginal de los comerciantes, sino también en su desenlace. Goderico renuncia a las riquezas adquiridas por cauces extraños a la sociedad medieval y precisamente por esto es santo, por su reconciliación con la ética en la que tenían cabida los nobles, los eclesiásticos y los pobres, pero no los ricos. Precisamente aquí radica el enfrentamiento fundamental entre los comerciantes y la sociedad feudal. Para los mercaderes, la riqueza es el objetivo fundamental de su actividad. Para los estamentos que poseen riquezas en el sistema feudal, éstas son sólo instrumento de sus actividades. Por eso la sociedad medieval está organizada de tal manera que ni clérigos ni nobles necesitan trabajar para obtener dinero y, en cambio, quienes están obligados al trabajo, los siervos, no pueden obtener dinero a cambio de él.

La incompatibilidad entre este sistema y el espíritu de lucro de los comerciantes es evidente. Y también los atractivos que sobre los campesinos desheredados ejercían los posibles éxitos de una carrera comercial coronada por el éxito, como la de Goderico de Finchal. Los barrios comerciales de las ciudades, los *faubourgs,* atraen no sólo a los vagabundos, a los desclasados, sino también a los siervos que abandonan el dominio señorial en busca de una vida mejor: "La tentación fue demasiado fuerte para que muchos siervos no se resolvieran a huir de los dominios donde habían nacido para ir a establecerse en villas, ya sea como artesanos o como empleados de los ricos mercaderes, cuya reputación se había difundido por todo el país. Los señores organizaban verdaderas cacerías contra ellos y los volvían a llevar a sus dominios cuando lograban capturarlos" (Pirenne). El enfrentamiento fundamental



Interior del salón del Consejo de Ciento (Ayuntamiento de Barcelona), organismo creado por la ciudad de Barcelona para su propio gobierno.

entre la vida urbana-comercial y el feudalismo de base gregaria-agrícola tuvo a lo largo del siglo XII en estos incidentes sus manifestaciones más sangrientas. No obstante, la potencia económica de los mercaderes-burgueses y la extensión del espíritu de lucro entre las clases nobiliarias hicieron posible un acuerdo. Las ciudades, a peso de oro, compraron su libertad, dentro del sistema feudal. De esta manera, inmersas en el seno de las tierras sometidas al derecho señorial, aparecen los burgos de comerciantes y artesanos, auténticas islas donde "la libertad se convierte en condición jurídica de la burguesía; a tal grado, que no es solamente un privilegio personal, sino un privilegio territorial inherente al solar urbano, de la misma forma que la servidumbre es inherente al solar señorial". *Die stadluft mach frei,* incluso el aire de la ciudad hace libre a quien lo respira.

Durante los siglos XII y XIII, apoyadas en esta libertad, las ciudades desarrollan una enorme gama de posibilidades. Toda una serie de instituciones urbanas constituyen el marco en el que va a desenvolverse la vida que no era posible dentro del feudalismo. El derecho mercantil implica una autonomía judicial y administrativa posible gracias a que los tribunales de los *piepowders,* los mercaderes de pies polvorientos, sustituyen a las jurisdicciones nobiliarias y eclesiásticas. Paralelamente al desarrollo comercial, contemplamos cómo las magistraturas urbanas se encargan, de forma más o menos autónoma, del gobierno real de las ciudades, aun en aquellas que están sometidas de forma teórica a los antiguos privilegios señoriales.

En el aspecto financiero, el desarrollo de instrumentos de crédito, como las letras de cambio y las instituciones bancarias, permiten una gran agilización y crecimiento de las actividades económicas. Las ferias constituyen los núcleos fundamentales de un renacido comercio, orientado en torno a un eje Norte-Sur que va desde el mar del Norte hasta las puertas italianas del Mediterráneo y de Este a Oeste desde las costas de Asia hasta la península hispánica. Los artesanos, agrupados en gremios, se distribuyen por la península y consiguen solucionar temporalmente los problemas de la competencia y de la oposición de ricos y pobres, de clases sociales, gracias a una reglamentación muy rígida que sacri-

fica toda posibilidad de progreso a cambio de obtener las máximas garantías de seguridad.

El crecimiento español de las ciudades es también muy grande. Aparecen barrios nuevos que, en muchas ocasiones, harán de la ciudad comercial una entidad muy superior en extensión al antiguo burgo episcopal o señorial, totalmente cercado por el desarrollo de los *faubourgs*.

Es muy difícil precisar con exactitud el número de habitantes que alcanzaron las ciudades durante la Edad Media. Los datos estadísticos que poseemos no van más allá del siglo XV y aun éstos son escasos y poco fiables. Aproximadamente, en esta centuria Nuremberg y Estrasburgo superaban los 20.000 habitantes, Gante alcanzó a mediados del siglo XIV 50.000, igual cifra Burgos y algo más de 10.000 Venecia, Florencia, Milán y Génova.

El desarrollo de las actividades económicas urbanas y el crecimiento demográfico son dos fenómenos íntimamente relacionados que se condicionaron mutuamente. Por eso, desde principios del siglo XIV la estabilización, primero, y la posterior regresión demográfica fueron acompañadas de numerosas crisis en la institución a las que nos hemos referido anteriormente. Entre 1315 y 1317, una secuencia de malas cosechas diezmó a Europa. En Ypres, población de unos 20.000 habitantes, se produjeron cerca de tres mil muertes entre mayo y octubre. Treinta años después una catástrofe mayor todavía se abatiría sobre Occidente: la peste negra.

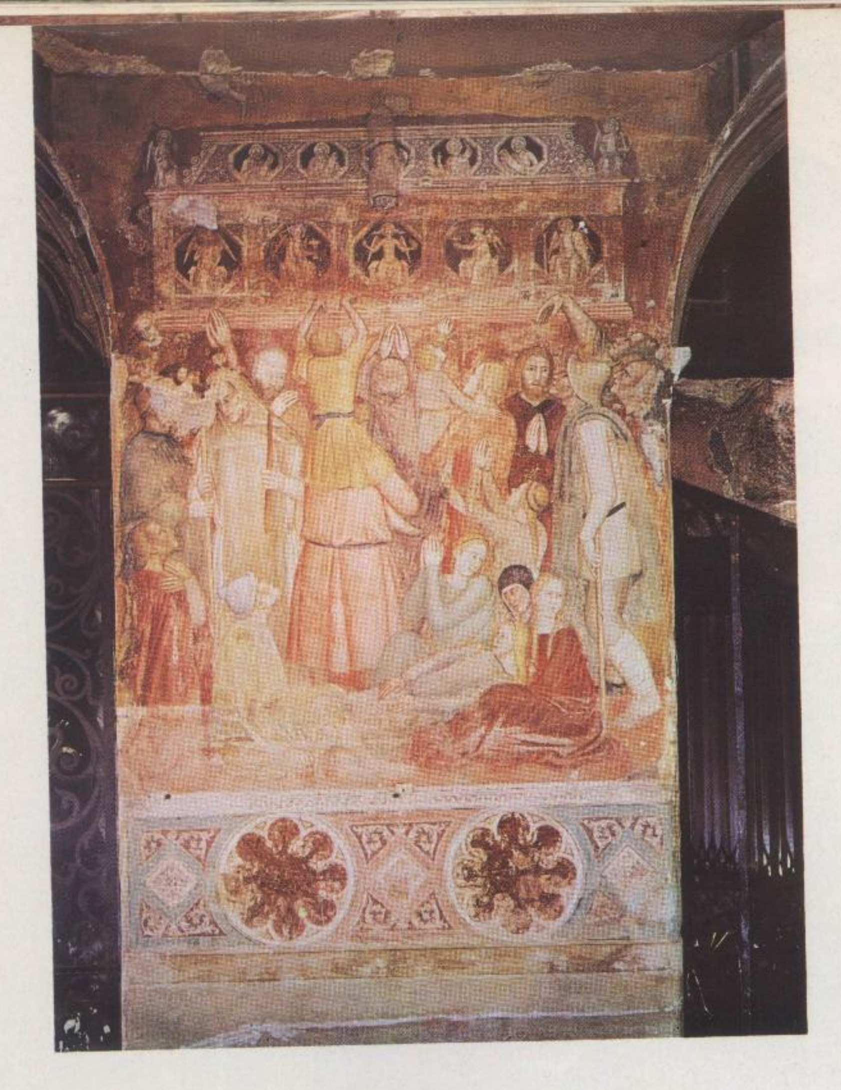
Paralelamente, la quiebra de numerosas instituciones bancarias italianas y la decadencia de las ferias de Champaña señalarían la amplitud de la depresión. Las guerras de Italia y el conflicto anglo-francés de los Cien Años fueron dos factores más que se sumaron a los ya mencionados. Los conflictos sociales de la baja Edad Media se desarrollaron en el marco condicionado por estas catástrofes. Algunos fueron de carácter agrícola, como en la "Jacquerie", que agitó en 1357 la Île-de-France. En otros, como en las sublevaciones flamencas de 1323 a 1328 y de Inglaterra en 1381, los siervos y las clases desposeídas de las ciudades se coligaron contra los nobles y los burgueses más ricos. En las grandes villas industriales de los Países Bajos, de las orillas del Rin y de Italia también se produjeron sublevaciones, aunque éstas fueron de carácter exclusivamente urbano.

El motivo de estas revueltas era a la vez político y social. Por una parte, ya hemos visto como las ciudades adquirieron autonomía con respecto a los poderes feudales, creando sus propios órganos de gobierno. Pero en muchos burgos las magistraturas fueron monopolizadas por las familias de ciudadanos más ricos, instaurándose así verdaderas oligarquías. Como el género de vida de los grandes patricios urbanos tendía a aproximarse al de la nobleza señorial y la concentración del poder en sus manos suponía en cierto grado una vuelta hacia el sistema feudal, contra este proceso se produjeron numerosas resistencias, que en muchas ciudades llegaron hasta la revolución. En líneas generales, las oligarquías no pudieron mantener sus posiciones: "La mayoría de la población estaba repartida en gremios y la reforma consistió necesariamente en dejar que éstos participasen del gobierno. A veces se les otorgó el derecho de disponer de algunos puestos en la regiduría o en el concejo de la ciudad; a veces, un nuevo grupo de magistrados electos por ellos se constituyó al lado del antiguo" (Pirenne).

Las diferencias políticas tenían su origen en las desigualdades económicas que repo-



Sesión celebrada por los burgueses que regían el Concejo Municipal de Hamburgo (Archivo de la Hansa, Lübeck).



Pobres y lisiados ante la tumba de San Pedro Mártir (fresco de Andrea di Bonaiuto en la Capilla de los Españoles, de Santa Maria Novella, Florencia). Las divergencias políticas que surgieron en el marco de las ciudades tuvieron carácter económico, basado en las diferencias entre pobres y ricos.

saban en ricos y pobres dentro del ámbito ciudadano. Por eso las revueltas tienen casi siempre un marcado carácter social. De forma paralela a las sublevaciones de los siervos contra la nobleza, las clases desheredadas de las ciudades se levantaron durante el siglo XIV contra los grupos acomodados. El igualitarismo de que hicieron gala los sublevados no deja lugar a dudas, desde los bolardos, enfrentados en 1381 a los "lords" ingleses con objeto de volver a la sociedad sin clases "del tiempo en que Eva hilaba y Adán cultivaba la tierra", hasta las reivindicaciones de reparto de riquezas de los campesinos y trabajadores urbanos que protagonizaron la insurrección flamenca.

Contra la agitación social de los pobres se produjo la coalición de los grupos privilegiados, la nobleza, el patriciado urbano y la monarquía, pese a las diferencias que los separaban originadas en la lucha por el poder. Fue el mismo rey de Francia quien aplastó en Cassel la rebelión de los flamencos contra la nobleza y los patricios urbanos.

A la larga, sería la monarquía quien conseguiría imponerse a la nobleza y a las ciudades. La autonomía municipal no continuaría su desarrollo hacia una Europa formada por una constelación de ciudades independientes. Las reivindicaciones sociales de los trabajadores urbanos tampoco tendrían un final feliz. En general, en la Europa del siglo XV los regímenes autoritarios iniciaron el camino que conduce a la monarquía absoluta y no a los ideales democráticos en los que creyeron algunos rebeldes del siglo XIV. Pero, no obstante, la aparición y el desarrollo de las ciudades habían supuesto una nueva opción de vida, imposible dentro del marco estrictamente feudal, y quizás el elemento disgregador más corrosivo para el sistema.

Los ideales ciudadanos, o una parte de ellos por lo menos, los de la burguesía, no quedaron sin realización. Las directrices políticas de las monarquías autoritarias concordaron estrechamente con los intereses económicos de los mercaderes y comerciantes. Incluso en algunos países, como en Holanda e Inglaterra, esta concordancia tendrá un marco institucional adecuado y las monarquías autoritarias darán paso a sistemas de gobierno directamente controlados por la burguesía. Este fenómeno tendrá unas consecuencias amplísimas y abarcará también el ámbito de la cultura. El Renacimiento se desarrollará, precisamente, en el ámbito marcado por la rendición ciudadana. La condición que llevó a la ruptura del antiguo sistema feudal fue protagonizada por una nueva clase social, cuyo triunfo se preparó a lo largo del desarrollo de las ciudades desde la baja Edad Media. Roland Mousnier afirma que durante los siglos que preparan la Modernidad "la burguesía capitalista crece en número y en importancia...", el alza de precios la favorece en detrimento de las restantes clases sociales.

Los grandes burgueses adquieren señoríos, ocupan cargos públicos y compiten encarnizadamente con la nobleza de sangre. Pero su sueño es adoptar el género de vida de la nobleza, de transformarse asimismo en nobles, de fundirse con la aristocracia, que en cierto modo modifican lentamente. Su insuficiente conciencia de clase hace de ellos un elemento de evolución que solamente en los Países Bajos e Inglaterra llegará a ser un elemento de revolución.

Evolución o revolución, lo cierto es que el Renacimiento coincide temporalmente con el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna, cambio con un significado objetivo que supera la nueva clasificación escolar que estuvo en el origen de estas denominaciones.

Globalmente, los aspectos más importantes de esta evolución pueden resumirse, en el terreno de la política, por la sustitución de la organización feudal por el aparato de las monarquías autoritarias y, en lo social, por la ruptura de la cohesión estamental, justificada por una ética social de motiva-



En el Renacimiento, la curiosidad del europeo por saber se extendió a todas las ramas de los conocimientos humanos (miniatura de la Biblioteca Nacional de París).

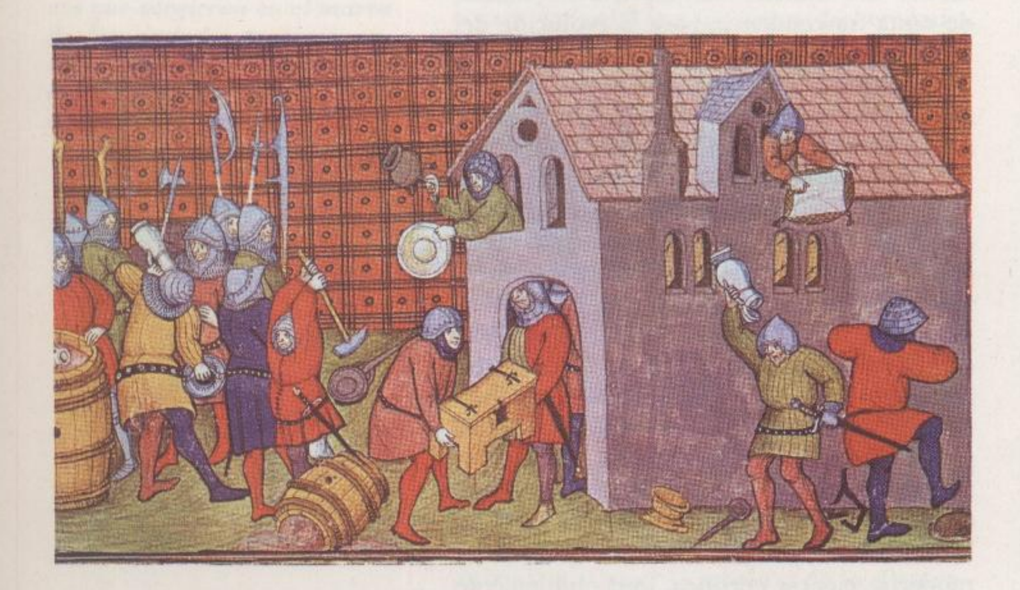
ciones religiosas y, en su lugar, la afirmación del individualismo, orientado por intereses de orden estrictamente material. Intereses que harán posible la definición del capitalismo.

Asimismo, centrando el proceso de definición de la Modernidad, la trayectoria de evolución renacentista y, concretamente, el eje del movimiento humanista, la afirmación del individualismo –con sus secuelas de autodeterminación, autonomía, etc.–, irán acompañados por la creciente concreción de un espíritu racionalizador que se manifestará paralelamente en los grandes y decisivos cambios en los diversos campos de la vida cultural, de la organización económica y de la actividad cultural. Así, la plenitud de la monarquía autoritaria –concretando su papel y posibilidades por encima de la antigua disgregación feudal y potenciando la función del estado moderno alrededor de la figura del príncipe y preparando el camino para la hegemonía de la monarquía absoluta– es un claro resultado, en la vida política y social, de la conjunción de las nuevas tendencias y orientaciones individualistas y racionalizadoras. Un individualismo y una racionalización que presentarán claras manifestaciones de su madurez en los nuevos modelos de organización burocrática y militar y en las nuevas fórmulas de unificación jurisdiccional, que en la vida cultural concretarán las más fundamentales manifestaciones del mecanismo renacentista y asimismo, a través de la racionalización de la nueva empresa económica, de la división entre los circuitos de producción y consumo, etcétera, hará posible el potente y transformador movimiento del capitalismo inicial, de tanta trascendencia para la evolución del occidente europeo.

Una triple manifestación en las realidades de la monarquía autoritaria, en el humanismo renacentista, en la gestión económica del primer capitalismo, que irá acompañada –en plena configuración de las nuevas realidades de Modernidad– de unas concretas y significativas derivaciones del espíritu individualista y racionalizador, en especial a través de los esquemas relativizadores, exceptivistas y en la evolución de las actitudes revisionistas y del espíritu crítico. Un revisionismo y un espíritu crítico que, por ejemplo, tendrán importantes consecuencias en la vida religiosa –cisma de la cristiandad occidental y concreción de las corrientes de la Reforma– y en la configuración de la moderna ciencia europea, indisolublemente vinculada, en su arranque, al sentido de la crítica –tan típico de las realidades del humanismo renacentista–, de tanta trascendencia en la concreción y maduración de los nuevos y emprendedores tipos de hombres que constituirán el ejemplo y la muestra más decisiva de las trascendentales y transformadoras realidades de la Modernidad.

BIBLIOGRAFIA

Braudel, F.	*Las civilizaciones actuales. Estudios de historia económica y social,* Madrid, 1969.
Ganshof, F. L.	*Étude sur le développement des villes entre Loire et Rhin au Moyen Âge,* París y Bruselas, 1943. *Le Moyen Âge,* París, 1953.
Grimberg, G.	*Los siglos del gótico,* Barcelona, 1967.
Halphen, L.	*L'essor de l'Europe, XIe-XIIIe siècles* (3.ª ed.), París, 1958.
Heers, J.	*Occidente durante los siglos XIV y XV,* Barcelona, 1968.
Huizinga, J.	*El otoño de la Edad Media,* Madrid, 1961.
Lafitte-Houssat, J.	*Troubadours et cours d'amour,* París, 1960.
López, R. S.	*El nacimiento de Europa,* Barcelona, 1965.
Moraze, Ch.	*Principios generales de historia, economía y sociología,* Barcelona, 1952.
Perroy, E.	*La Edad Media. La expansión y el nacimiento de la civilización occidental,* vol. III de la "Historia General de las Civilizaciones", realizado con la colaboración de J. Auboyer, C. Cahen, G. Duby y M. Mollat, Barcelona, 1961.
Pirenne, H.	*Historia económica y social de la Edad Media,* México, 1963.
Renaudet, H.	*Les debouts de l'Âge Moderne,* París, 1929.
Rossi, S.	*Ricerca sull'umanesimo e sul Rinascimento en Inghilterra,* Milán, 1969.
Shneider y Cohen	*La formación del ideal moderno en el arte de Occidente,* México, 1958.
Sombart, W.	*Lujo y capitalismo,* Madrid, 1951.



Saqueo de una casa particular por los soldados (Museo Británico, Londres). En el siglo XIV se produjeron una serie de sublevaciones en que los desheredados de las ciudades se rebelaron contra los ricos. La nobleza, el patriciado urbano y la monarquía se unieron para vencerlas.

La ilustración de este tomo se debe a: Andi (Milán), Archivo Edistudio (Barcelona), Atesa (París), Bavaria (Gauting vor München), Biblioteca Nacional (París), Biblioteca Real de Bélgica (Bruselas), Black-Star (Barcelona), Bodleian Library (Oxford), Gil Carles (Valencia), Giraudon (París), Koch (Zurich), Lucchetti (Barcelona), J. Martín (Barcelona), F. A. Mella (Milán), Meyer (Viena), Museo de Lemans, Museo Nórdico (Estocolmo), Nationalbibliothek (Viena), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Pediccini (Nápoles), Perceval (París), Pineider (Florencia), Prato (Milán), Pucciarelli (Roma), Scala-Salmer (Barcelona), S.E.F. (Turín), Sem Studio (Florencia), J. Tadema (Heemstede), Tate Gallery (Londres), Tiofoto (Estocolmo), Titus (Turín), Trinity College (Cambridge), J. Webb (Londres), Wideroe's (Oslo).